

IV

JOYAS DE LECTURA

niño fue bastante para que aquél se pudiese de pie. El niño le ofreció el brazo y entonces le condujo por el camino. Cojeaba° el ángel lastimosamente, porque andaba descalzo° y el menor guijarro le pinchaba° de un modo atroz. Su aspecto era lamentable. Con el ala rota, el plumaje cubierto de sangre y lodo, el ángel estaba para dar compasión. Ahora los maravillosos pies blancos empezaban a sangrar también.

—No puedo más, dijo al niño.

—A tí lo que te hace falta es un par de zapatos. Vamos a casa; diré a mamá que te los compre.

—¿Y qué es esto de zapatos? preguntó el ángel.

—Pues mira, contestó el niño, mostrándole los suyos.

—¿Y yo he de ponerme esto tan feo . . . ?

—Claro . . . o no andas. Vamos a casa. Allí mamá te frotará° con árnica° y te dará zapatos.

—Pero si ya no me es posible andar . . . cárgame.°

Y el niño alzó a su compañero, sentándolo en su hombro como lo hubiera hecho un diminuto San Cristóbal.

—¡Gracias! —suspiró el herido. ¿Verdad que no peso?

—¡Es que yo tengo fuerzas! respondió el niño con cierto orgullo y no queriendo confesar que el ángel era más ligero que una pluma.

Cuando llegaron a la casa, sólo unos chicos curiosos los seguían. Los hombres, muy ocupados en sus negocios y las mujeres que charlaban en la plaza, no se habían fijado en que pasaban un niño y un ángel.

Grande fue la piedad° de la madre del niño cuando éste le mostró a su compañero.

—¡Pobrecillo! —exclamó la buena señora, le duele mucho el ala, ¿no?

El ángel al sentir que le tocaban la herida, dió un grito. Como nunca había conocido el dolor, era más sensible a él que los mortales.

Pronto la dama le vendó° el ala, con trabajo, porque era muy grande. Más aliviado y lejos ya de las piedras del camino, el ángel pudo ponerse en pie.

Era maravilloso de belleza. Su piel parecía lumi-

Cojeaba: (limped)

descalzo: sin zapatos

el menor guijarro le pinchaba: (the smallest pebble pricked him)

frotará: (will rub)

árnica: una planta medicinal

cárgame: lift me

piedad: (pity)

vendó: (bandaged)

El ángel caído

AMADO NERVO (1870-1919), nacido en México, fue periodista, diplomata, poeta y cuentista. Aunque mejor se conoce por su poesía, escribió muchos cuentos y una novela, El bachiller. El cuento, "El ángel caído"; muestra la visión y la delicadeza del poeta. Hay humor, junto con el sentimiento religioso característico de la poesía de Nervo. Es un cuento de Navidad, escrito para su sobrina.

Había un ángel que, por brincar° más de lo que debía sobre una nube, perdió pie y cayó a la tierra.

Su mala suerte quiso que, en vez de dar sobre el césped,° diese contra una piedra, de modo que se estropeó el ala derecha.

Allí quedó, sangrando, y aunque daba voces de socorro,° como no es usual que en la tierra se com-
prenda el idioma de los ángeles, nadie venía.

En esto acertó a pasar° un niño que volvía de la escuela, y aquí empezó la buena suerte del ángel, porque como todo el mundo sabe, los niños comprenden la lengua angélica. Se acercó al misero y, sorprendido primero y compadeciendo° después, le tendió la mano y le ayudó a levantarse.

Los ángeles no pesan mucho, y la leve fuerza del

brincar: saltar (leap)

césped: hierba (grass, lawn)

socorro: ayuda

acertó a pasar: (happened to pass)

compadeciendo: teniendo compasión

nada por suave luz interior y sus ojos, de azul incomparable, miraban de manera que cada mirada producía un éxtasis.

—Los zapatos, mamá, eso es lo que le hace falta. Mientras no tenga zapatos, ni María ni yo (María era su hermana) podremos jugar con él, dijo el niño.

Y esto era lo que le interesaba sobre todo; jugar con el ángel. A María, que acababa de llegar también de la escuela, lo que le interesaba más eran las plumas. Tanto que no pudo contenerse, y acercándose al celeste herido, le cuchicheó^o estas palabras.

—Di, ¿te dolería que te arrancase^o yo una pluma? La deseo para mi sombrero.

El ángel con la más bella de sus sonrisas, le respondió, extendiendo el ala sana:

—¿Cuál te gusta?

—Esta tornasolada^o . . .

—¡Pues tórnala!

Y se la arrancó resuelto, con movimiento lleno de gracia, extendiéndola a su nueva amiga.

No había manera de que ningún zapato le sirviese^o al ángel. Tenía el pie muy chiquito y alargado en una forma aristocrática, incapaz de adaptarse a las botas americanas, las cuales le hacían un daño^o tremendo. La niña sugirió, al fin, la buena idea:

—Que le traigan unas sandalias. Yo he visto a San Rafael con ellas, en las estampas^o que le pintan de viaje,^o y no parecen molestarle de nada.^o

El ángel dijo que, en efecto, algunos de sus compañeros las usaban para viajar por la tierra; pero que eran de un material finísimo, más rico que el oro, y que estaban cuajadas de piedras preciosas.

—Pues aquí — observó la niña, — tendrás que contentarte con unas menos lujosas.^o

Por fin, el ángel, calzado con sus sandalias y bastante curado de su mal, pudo ir y venir por toda la casa. Era adorable escena verle jugar con los niños. Parecía un gran pájaro azul, con algo de mujer y mucho de paloma.^o Podía ya mover el ala enferma, y abría y cerraba las dos con movimientos suaves, y con un gran rumor de seda, abanicando^o a sus amigos.



cuchicheó: habló al oído con voz baja
que le arrancase: (if I pulled out)

tornasolada: (iridescent)

sirviese: (fit)

le hacían un daño: (hurt him)

estampas: pinturas que le pintan de viaje: (they paint of him on trips)
nada: (at all)

lujosas: elegantes

con algo de mujer y mucho de paloma: (something like a woman and much like a dove)
abanicando: (fanning)

Cantaba de un modo admirable, y refería historias más bellas que todas las inventadas por los hombres.

No se puso enojado^o jamás, sonreía casi siempre, y de vez en cuando se ponía triste. Y su cara, muy bella cuando sonreía, era aún más bella cuando se ponía pensativa y melancólica porque adquiría una expresión que tuvo siempre la faz de Jesucristo.

¿Cuántos días pasaron así? Los niños no habrían podido contarlos. El ángel, enteramente sano, ya podía volar, y en sus juegos maravillaba a los niños, lanzándose al espacio. Cortaba para ellos la fruta de los más altos árboles, y a veces, los cogía a los dos^o en sus brazos y volaba de esta manera.

Tales vuelos alarmaban profundamente a la madre. —No vayáis a dejarlos caer^o por accidente, señor Angel, —le gritaba la buena mujer. —Os confieso que no me gustan juegos tan peligrosos . . . Pero el ángel reía y reían los niños, y al fin, la madre reía también, al ver la agilidad y la fuerza con que aquél los cogía en sus brazos, y la dulzura infinita con que los depositaba sobre el césped del jardín.

—Sois muy fuerte, señor Angel, decía la madre, llena de sorpresa.

Y el ángel, con cierta inocente suficiencia infantil, respondía:

—Tan fuerte, que podría zafar^o de su órbita a una estrella.

Una tarde, los niños encontraron al ángel sentado en un poyo^o de piedra, cerca del muro del huerto, en actitud de tristeza.

—¿Qué tienes? le preguntaron.

—Tengo—respondió—que ya estoy bueno, que no hay ya pretexto para permanecer con vosotros . . . que me llaman de allá arriba,^o y que es preciso que me vaya.

—¡Eso, nunca! —replicó la niña.

—¡Eso, nunca! —repitió el niño.

—¿Y qué he de hacer si me llaman?

—¡Imposible!

Hubo una larga pausa llena de angustia.

Los niños y el ángel lloraban. De pronto la chica,

enojado: enfadado

los cogió a los dos:
(picked them both up)

No vayáis a dejarlos caer:
(You're not going to let
them fall)

zafar: (turn, move)

poyo: asiento

de allá arriba:
o sea, desde el cielo

más fértil en imaginación, como mujer, dijo:

—Hay un medio de que no nos separemos.

—¿Cuál? preguntó el ángel, ansioso.

—Que nos lleves contigo.

—¡Muy bien! —afirmó el niño, palmoteando.^o

Y con divina confusión, los tres se pusieron a bailar como unos locos. Pero, pasados estos transportes, la niña se quedó pensativa y murmuró:

—Pero ¿y nuestra madre?

—¡Eso es! —corroboró el ángel, —¿y vuestra madre?

—Nuestra madre —sugirió el niño—, no sabrá nada . . . Nos iremos sin decirselo . . . Y cuando esté triste, vendremos a consolarla.

—Mejor sería llevarla con nosotros, —dijo la niña.

—¡Me parece bien! —afirmó el ángel. —Yo volveré por ella.

—¡Magnífico!

—¿Estáis, pues, resueltos?

—Resueltos estamos.

Caía la tarde. El ángel cogió a los niños en sus brazos, y de un solo ímpetu se lanzó con ellos al azul luminoso.

La madre en esto llegaba al jardín, y todo trémula los vio alejarse. El ángel, a pesar de la distancia, parecía crecer. Era tan diáfano que a través de sus alas se veía el sol. La madre, ante el milagroso espectáculo, no pudo ni gritar. Se quedó inmóvil, viendo volar hacia las llamas del ocaso^o aquel grupo, y cuando, más tarde, el ángel volvió al jardín por ella, la buena mujer estaba aún en éxtasis.

los llamas del ocaso:
(the flames of the sunset)

palmoteando: aplaudiendo